

# La mirada del naturalista en “Una excursión por el Río Luján” de Eduardo L. Holmberg

Silveria Sassaroli

Universidad de Buenos Aires

*silveriasassaroli@gmail.com*

## Resumen

En las últimas décadas del siglo XIX, Eduardo Ladislao Holmberg emprende excursiones científicas y paseos de coleccionista por gran parte del territorio argentino. Entre los corolarios que se desprenden de esas experiencias se destaca la producción de textos que testimonian lo acontecido en sus exploraciones. Holmberg inicia su narrativa viajera con “Una excursión por el Río Luján”, diario de viaje publicado en *El Naturalista Argentino*, el primer periódico nacional consagrado al estudio de las ciencias naturales, escrito y dirigido por científicos autóctonos. Abordar este libro de viaje focalizándonos en la mirada del viajero naturalista que lo estructura constituye el objeto del presente trabajo.

## Palabras clave

Holmberg, institucionalización de la ciencia, viaje científico, delta del Paraná, mirada naturalista.

*The Gaze of the Naturalist in “Una excursión por el Río Luján” by Eduardo L. Holmberg*

## Abstract

In the last decades of the XIX century, Eduardo Ladislao Holmberg undertakes multiple scientific excursions and collector’s wanderings, encompassing a large area of Argentinian territory. Among the corollaries of these experiences, the texts he wrote, testimonies of his travels, stand out in particular. Holmberg begins his travel narrative with “Una excursión por el Río Luján”, a travel diary published in *El Naturalista Argentino*, the first national journal dedicated to the study of the natural sciences, written and directed by local scientists. Approaching this travel book with a focus on the outlook of the naturalist traveler that structures it constitutes the object of this study.

## Keywords

Holmberg, institutionalization of science, scientific journey, Paraná delta, naturalistic outlook.

## Introducción

En 1875 Eduardo L. Holmberg irrumpe en el escenario literario porteño al publicar dos novelas en las que se escenifican diferentes tipos de viajes. *Dos partidos en lucha* se inaugura con la partida a un incierto destino ultramarino del naturalista Ladislao Kaillitz quien, antes de embarcarse, entrega al autor unos manuscritos. En ellos, a su vez, la narración de Kaillitz comienza con el relato de un viaje que realiza en 1872 a la Patagonia donde, en una ensenada cercana a la desembocadura del Río Negro, descubre los restos de un precario banquete junto con un nombre y una fecha esculpidos en la barranca: Charles Darwin, 1835. Escritura pétrea que testimonia el paso del ilustre viajero inglés por las tierras patagónicas. Estas expediciones naturalistas aludidas y narradas en *Dos partidos* difieren totalmente del derrotero desplegado en la segunda novela que Holmberg empieza a publicar como folletín en noviembre de ese mismo año: *Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte*.<sup>1</sup> En dirección opuesta a los viajes “tierra adentro” o transatlánticos de Kaillitz, Nic-Nac emprende, con el asesoramiento del espiritista Friedrich Seele, un viaje sideral por diferentes regiones interplanetarias que culminará con su definitiva reclusión en un hospicio.

Simultáneamente a la proyección de estos extraordinarios viajes imaginarios que signan su origen literario, Holmberg comienza a protagonizar los propios como naturalista. Durante treinta años emprenderá excursiones científicas y paseos de coleccionista que tendrán como escenario desde el imponente Río Paraná hasta las cumbres de los Andes y arduos itinerarios que atravesarán ríos, llanuras, salinas, montañas, selvas y bosques subtropicales. Esta serie de exploraciones por el territorio nacional se inicia, al igual que la travesía del protagonista de su primera novela, con un viaje a Río Negro y Bahía Blanca en 1872. Al recordar esta primigenia experiencia, en el texto preliminar que encabeza sus “Viajes a las Sierras del Tandil y de la Tinta”, Holmberg declara: “la Patagonia descansó para mí en un mutismo que nada reanimaba. No podía leer en ese libro” (1884: 7). Sus relatos exploratorios evidencian que el silencio y la ilegibilidad de las tierras australes devendrán elocuencia en otras regiones, siendo las lecturas que realiza en esos libros naturales el basamento de sus diarios, informes y libros de viaje. La publicación de esas obras expedicionarias, lúcidamente definidas por Pagés Larraya como “no estrictamente científicas ni únicamente literarias” (1957: 21), comienza en 1878 con la quinta entrega de *El Naturalista Argentino*.<sup>2</sup> El primer periódico

<sup>1</sup> El título original de la publicación es *Viaje maravilloso del Señor Nic-Nac en el que se refieren las prodigiosas aventuras de este señor y se dan a conocer las instituciones, costumbres y preocupaciones de un mundo desconocido. Fantasía espiritista*.

<sup>2</sup> En 1878 Holmberg también publica en los *Anales de la Educación Común* las memorias del viaje al Norte argentino que realiza junto con Antonio Argerich y Zenón Santillán en 1877. La reseña faunística de este viaje se incluye en *El Naturalista Argentino* bajo el nombre de “Contribuciones para el conocimiento de la fauna de Salta”. En cuanto a las posteriores ediciones de “Una excursión por el Río Luján” es pertinente aclarar que recién luego de ciento treinta años este relato fue nuevamente publicado al ser incluido, junto con “Viajes a las Sierras del Tandil y de la Tinta” y “La Sierra de Curá-Malal”, en *Excursiones bonaerenses*, tomo compilado y comentado por Juan Carlos Chébez y Bárbara Gasparri.

argentino consagrado al estudio de las Ciencias Naturales, dirigido y redactado por Holmberg y Enrique Lynch Arribálzaga, incorpora durante cuatro entregas la narración de la expedición náutica realizada por sus directores en marzo de 1878. Abordar este diario de viaje titulado “Una excursión por el Río Luján” focalizándonos en la mirada del viajero naturalista que lo estructura constituye el objeto del presente trabajo.

## La formación de la República científica

El siglo XIX nos ha entregado un tesoro  
inmenso de proyecciones infinitas.  
Holmberg, “De siglo a siglo” (1901).

En 1901, durante una conferencia pronunciada en la Sociedad Científica Argentina con motivo de celebrar el XXXI aniversario de su fundación, Holmberg diserta sobre los objetivos de la ciencia y enumera a los hacedores de lo que él llama la “República científica”: el astrónomo, el biólogo, el botánico, el zoólogo, el mineralogista, el químico, el físico y el matemático (1903: 106). El origen de esta “democracia del saber” en Argentina se remonta varias décadas atrás, cuando aún no existía la prestigiosa institución que sirve de tribuna a Holmberg; precisamente con la llegada de científicos extranjeros dedicados a cada una de las especialidades que él menciona. La metáfora “República científica” evocada por el autor se materializa durante la década del 70 mediante la instalación de académicos extranjeros dedicados principalmente al relevamiento científico del territorio (Burmeister, Gould, Lorentz, Hieronymus, Berg, entre otros), la ferviente actividad emprendida por los naturalistas autóctonos (Holmberg, Florentino y Carlos Ameghino, Francisco P. Moreno, Félix y Enrique Lynch Arribálzaga), la fundación de diversas instituciones y organismos científicos, la publicación de actas, anales y boletines por parte de las flamantes corporaciones científicas y el desarrollo de un incipiente periodismo científico (*El periódico zoológico* dirigido por Weyenbergh, 1874; *El Naturalista Argentino*, 1878).<sup>3</sup>

Entre esta multitud de académicos, organismos y publicaciones es pertinente destacar el papel desempeñado por los naturalistas argentinos. Cuando Holmberg se refiere al comienzo de la era científica en la Argentina y al trabajo desarrollado por los científicos extranjeros, destaca la tarea de la generación a la que pertenece diciendo que ellos son “el elemento nacional, el elemento joven que viene a luchar con el cerebro en la misma tierra en que sus padres lucharon con la espada o con pluma flamígera para consolidar independencia, libertad y autonomía de nación y de pueblo” (1884: 2). La actividad científica de la joven generación queda equiparada al accionar de los ilustres antepasados, forjadores de la nación y de las instituciones, constituyendo una nueva

<sup>3</sup> Respecto al análisis histórico del proceso de modernización científica es insoslayable la consulta de Montserrat (2000), De Asúa (2011) y Mantegari (2003). En cuanto al vínculo entre la institucionalización científica y la obra literaria de Holmberg es fundamental la lectura del libro de Gasparini (2012).

modalidad en la lucha por la construcción de la República. Pero además de contribuir a la consolidación del estado moderno, la ciencia se presenta como el agente imprescindible para lograr el tan ansiado progreso nacional. Al respecto, la “Advertencia” que inaugura la primera entrega de *El Naturalista Argentino* manifiesta esta sólida convicción: “las ciencias naturales, las ciencias de la observación deben considerarse como el fundamento del progreso moderno” (1878: 1).

Las instituciones científicas argentinas contribuirán al progreso material e intelectual del país fundamentalmente a través de la exploración del territorio, uno de los principales propósitos para los cuales fueron creadas. Clara evidencia de este vínculo entre los organismos científicos y el afán estatal por el relevamiento geográfico es el reglamento de la Academia Nacional de Ciencias, en el cual se establece que algunos de los objetivos de la institución son “servir de consejo consultivo al gobierno” y “explorar y estudiar el país en todas las ramificaciones de la naturaleza” (Babini 1986: 133). El asesoramiento de los organismos científicos al gobierno en parte se efectiviza mediante la confección de informes o memorias donde la narración de las peripecias del viaje coexiste con la exposición de la información obtenida durante el mismo. De esta manera, comienza a formarse una narrativa que se focaliza en describir, inventariar y testimoniar los avances en el dominio científico del espacio nacional constituyendo también una primera aproximación a la conquista castrense del territorio.

La mayoría de los textos exploratorios de Holmberg forman parte de esta serie escrituraria producida conjuntamente por naturalistas extranjeros y nacionales, y dinamizada por diferentes requerimientos corporativos o gubernamentales. Sin embargo, dentro de su multiforme corpus de viaje, formado por informes, memorias e incluso apartados de censos nacionales y provinciales que devienen narraciones expedicionarias, “Una excursión por el Río Luján” ostenta un carácter excepcional en tanto es el único de sus relatos viajeros que no escribe impelido por demandas institucionales. Si bien el principal móvil que motiva la excursión es realizar un relevamiento faunístico, entomológico y botánico de la naturaleza deltaica a través del armado de colecciones, es imprescindible considerar la influencia en su redacción del proyecto editorial que conduce con su compañero de viaje. Las sucesivas entregas de *El Naturalista Argentino* también exponen lo acontecido en otras exploraciones transformando el viaje naturalista en el eje estructural de la revista.<sup>4</sup> La experiencia obtenida en sus investigaciones territoriales se transforma en la materia constitutiva de varios artículos ocupando gran parte de la publicación. En uno de los textos que surgen como corolarios de la navegación por el Río Luján, Holmberg establece un vínculo directo entre la publicación de relatos e informes expedicionarios y los propósitos de la revista: “Reunir en las páginas de *El Naturalista Argentino* los elementos naturales que se hallan en nuestro país, para que pueda recordarlos el que los haya olvidado o los conozca el que no los haya conocido: he ahí, en parte, nuestra misión” (1878: 233). Dar a conocer y generar conocimiento son las dos operaciones que no sólo condensan las aspiraciones de la revista sino que también

<sup>4</sup> Allí también se alude a su viaje al Norte de 1877 con la catalogación de la fauna salteña y se presenta el resultado de las investigaciones desarrolladas en Baradero a partir de las múltiples incursiones de Lynch Arribálzaga en el norte bonaerense.

definen otra faceta de Holmberg totalmente imbricada con su concepción del quehacer naturalista y que signa gran parte de su práctica escrituraria: la enseñanza y divulgación de las ciencias naturales. Pero además de instruir sobre los fenómenos de la naturaleza, Holmberg aspira a suscitar el recuerdo de los lectores desmemoriados. Al realizar la lectura de su excursión por el Río Luján, la remembranza de textos anteriores que también dieron a conocer el delta paranaense se vuelve ineludible.

### Antecedentes literarios

El Carapachay, país encantado que todos  
han visto en los ríos y nadie conoce; país de sueños,  
realidades y de poesía metálica, de felicidad y  
mosquito.  
Sarmiento, *El Carapachay*.

Antigua morada de guaraníes, dominio de reducciones jesuíticas, tierra indómita atravesada por viajeros, las islas del delta del Paraná fueron objeto de numerosas exploraciones y provocaron la fascinación de aquellos que las recorrieron. Testimonio de esas experiencias son las diversas narraciones que sobre ellas se efectuaron desde el siglo XVI. La primera anotación descriptiva de las islas del Bajo Paraná data de diciembre de 1531 y pertenece al navegante portugués Pedro Lopes de Souza. En su diario de navegación declara que “es la tierra más hermosa y agradable que pueda imaginarse” y detalla el estado de la tripulación ante la prodigiosa belleza natural diciendo: “todos se mostraban sorprendidos de la hermosura de esta tierra y andábamos todos suspensos, que no pensábamos en volver” (Busaniche 1959: 103). Durante el período colonial la región es jurisdicción de misiones jesuíticas aunque los únicos registros que revelan tal posesión son los característicos bosques frutales de duraznos y naranjos, especies arbóreas que tendrán una presencia permanente en los relatos decimonónicos. En pleno proceso independentista, los comerciantes ingleses John y William Parish Robertson se embarcan en el “Clyde” y recorren esta área del Paraná definiéndola, en sus *Cartas de Sud-América*, como “una tierra encantada cuya realidad podemos apenas imaginar” (Justo 2011: 22). La segunda década del siglo XIX signa el inicio de las narraciones naturalistas del delta con las descripciones efectuadas por Francisco Javier Muñiz y Alcides D’Orbigny. Muñiz, el primer naturalista argentino, explora las islas hacia 1822 luego de lo cual redacta su *Noticia sobre las Islas del Paraná* y confecciona el primer mapa de las mismas. Por su parte, el célebre viajero francés, durante su extenso periplo por América del Sur, remonta el Paraná desde febrero de 1827 hasta abril de 1828 dando cuenta de ello en su *Viaje por América Meridional*. Claramente Holmberg se inscribe en esta línea de viajeros naturalistas que incursionan en el delta, pero entre su excursión por el Río Luján y la travesía de sus ilustres antecesores se encuentran los textos con los que Sarmiento y Marcos Sastre encumbran y popularizan esta región insular.

A partir de 1855 Sarmiento realiza una serie de publicaciones sobre las islas del delta en los periódicos porteños *El Nacional* y *La Tribuna*. Definiéndose como “el primer

Heródoto que describe estas afortunadas comarcas” (2011: 55), en sus artículos despliega un abordaje sumamente ecléctico de las mismas: elabora una historia mitológica y heroica para esta región a la que él bautiza con el nombre de “Carapachay”, explica el proceso de su formación natural inspirándose en el génesis bíblico, describe los avatares históricos de sus habitantes, los “carapachayos”, a quienes caracteriza como gauchos que han reemplazado el caballo por la canoa para surcar los ríos como antes galopaban por la inmensidad de la pampa. Las narraciones míticas también coexisten con la proyección de un fabuloso futuro comercial y productivo basado en la natural predisposición del delta para la navegabilidad y la extraordinaria fertilidad de su tierra. Los arroyos y canales se transformarán en las rutas fluviales que trasladen los productos agrícolas, pecuarios y madereros de las islas. Entre el pasado mítico y la posteridad promisoría acontece la excursión por el Río Luján que realiza Sarmiento el 8 de diciembre de 1855 acompañado por Bartolomé Mitre, Carlos Pellegrini, Santiago Albarracín y Santiago Arcos, entre otros. Los argonautas, al igual que los expedicionarios que los antecedieron, quedan encantados ante la exuberante naturaleza deltaica y vislumbran en ella excelentes condiciones productivas. Conscientes de que constituyen la primera comitiva de militares, ingenieros y marinos argentinos que visitan esta región, proceden a realizar una especie de rito fundacional “a fin de dejar una señal eterna de la rehabilitación de aquella tierra oscurecida” (68). Pellegrini insiste en confeccionar una carta fluvial y Albarracín propone el emplazamiento de un templo consagrado a la Natividad de la Virgen, mientras Sarmiento y Mitre discuten sobre la legislación insular. Finalmente, deciden sellar su paso por las islas de una forma modesta pero de perennes consecuencias: plantan varillas de mimbre traídas de los Andes.

Si bien se proclama descubridor e inventor del Carapachay, Sarmiento reconoce como precursor a Marcos Sastre, “el primer hombre culto que aplicó el raciocinio a la realidad y vio en las islas terreno adaptable a la industria” (25). Luego de la clausura del Salón Literario, Sastre se instala en San Fernando y desde allí comienza a recorrer el delta, tomando posesión de una isla ubicada en el mismo canal donde Sarmiento, varios años después, establecerá la “Prócida”, su primera morada insular. Además de ser un pionero poblador de las islas, Sastre inicia en 1846 una serie de publicaciones sobre las características naturales de la región; estos artículos, dispersos en diferentes periódicos, pasarán a integrar la obra que publica en 1858, *El tempe argentino*. Bajo este título que reproduce el nombre otorgado por el autor a esa tierra innominada, se agrupan capítulos que abordan diversas temáticas: la historia geológica del delta, los rasgos hidrográficos del Río Paraná, la agricultura en las islas y, fundamentalmente, las características de su vida silvestre. *El tempe* constituye un multifacético texto regido por una mirada protocientífica (atenta al reconocimiento y descripción de los caracteres naturales, respaldada en la cita de numerosos naturalistas y focalizada en descubrimientos entomológicos) y por una “vista hechizada” dominada por la idealización y el misticismo. Dos perspectivas que se encarnan en la figura del laborioso poblador con inquietudes naturalistas que es simultáneamente un navegante religioso que se extasia ante el paisaje utópico. Al respecto, en Sastre el tradicional embeleso de los expedicionarios por la región del delta se manifiesta eufóricamente: heredades del Paraná (“el más grandioso de los ríos” y fuente inagotable de “imágenes risueñas, impresiones

placenteras”), las islas del delta, cubiertas de “la más lozana vegetación” y de “bosques siempre florecidos”, divididas por “arroyos cristalinos” y “aguas bienhechoras”, atravesadas por “sendas misteriosas que transportan la imaginación a elíseos encantados”, son las piezas que forman un sitio sin igual sobre la tierra, habitado por “corazones buenos y sencillos” (2005: 25-35). Pero este edén perdido también es una tierra de promisión que entraña un destino prodigioso. Al igual que Sarmiento, Sastre reconoce en el delta paranaense un sistema perfecto para la navegación y el desarrollo de la agricultura. Las redes hidrográficas y la feracidad de una tierra abonada e irrigada naturalmente constituyen los puntales de un futuro portentoso al que el autor intenta contribuir no sólo a través de la presentación y propaganda del delta como una región idílica y privilegiada sino también dando consejos para emprender una explotación racional del ambiente fluvial.

En esta constelación de autores que a lo largo del tiempo han arribado y descripto el delta, Holmberg ofrece una nueva experiencia desplegando una perspectiva distintiva respecto de los viajeros que lo antecedieron. Si bien comparte con todos ellos la fascinación suscitada por esta región, a la cual considera “la más pintoresca de toda la provincia” (1883: 60), la transcripción de ese estado de embelesamiento está fuertemente signada por su condición de naturalista. La naturaleza deltaica ya no constituye, como en las narraciones de los primeros expedicionarios, una aglomeración uniforme y encantadora de aves, flores y árboles anónimos sino que en su presentación la nomenclatura botánica y zoológica se torna imprescindible y necesaria dado el carácter del viaje. Abocado plenamente a la descripción y el análisis de esta vida silvestre, en el relato exploratorio de Holmberg la vida humana de las islas queda prácticamente difuminada. Aquí no figuran los impolutos habitantes de *El tempe*, ni los carapachayos con un inquietante pasado del Carapachay sarmientino, ni los carboneros que horrorizaron por igual a D’Orbigny y a los hermanos Robertson. Las únicas alusiones a los isleños se agotan en la mención de los vecinos que le dieron alojamiento durante su estadía, el fugaz encuentro con un cazador de tigres, la visión a la distancia de unos ranchos cuyo único indicio de habitabilidad es la música carnavalesca que emana de ellos y el contacto con un niño que verdaderamente vale por todas las ausencias. Mientras en 1857 Sarmiento anuncia la presencia en las islas de miles de trabajadores dedicados al desmonte y veinte años después declara que todas ellas poseen propietarios, están absolutamente habitadas y son muy frecuentadas por las familias porteñas, Holmberg presenta un paisaje prácticamente deshabitado en el que el avance de la industrialización y la incipiente urbanización quedan sugeridos implícitamente mediante el registro de los cambios de la vegetación o en la ausencia absoluta de ella. Otro punto de diferencia con los artículos del sanjuanino y la obra de Sastre es que en Holmberg no hay reflexiones sobre el posible desarrollo comercial y productivo insular. Sus ojos no reconocen en los múltiples arroyos deltaicos el ideal de la navegabilidad que tanto encandila a los autores románticos; de hecho en más de un episodio estos se presentan absolutamente intransitables. En su excursión, las aguas del Paraná vehiculizan otro tipo de entidades que lo fascinan tanto como las proyecciones utópicas a Sarmiento y Sastre. Por último, si bien Holmberg encomienda la lectura de *El tempe argentino* en tanto “pinta con total habilidad y delicadeza los esplendores de nuestro delta” (1883: 60), su propia experiencia

desmiente algunos de los elogios efectuados por Sastre. En *El tempe* todo es “apacible, dulce y bello” con la salvedad de la molestia causada por los mosquitos, “el único inconveniente real que tienen las islas” (2005: 147); por el contrario, Holmberg comprueba, mediante las adversidades climáticas y naturales que debe enfrentar en su travesía, que el delta no es tan ameno y hospitalario como señala Sastre, y que los mosquitos, más que una ligera molestia, constituyen una insoportable y dramática tortura.

La mirada del naturalista abocada exclusivamente al entorno silvestre, su encantamiento por lo que verdaderamente llevan y proyectan las aguas del Paraná y las dificultades del viaje por un ambiente que en varias ocasiones se vuelve hostil, además de ser los rasgos distintivos que diferencian el relato de Holmberg de los otros textos que abordaron esta región, son también algunos de los ejes que estructuran y dinamizan la narración sobre esta incursión por las islas del delta.

### La mirada del naturalista en “Una excursión por el Río Luján”

En tiempos de Carnaval, Holmberg y Enrique Lynch Arribálzaga, acompañados por Manuel Oliveira César y su ayudante, Manuel Fernández, efectúan una excursión por el Río Luján y algunos arroyos adyacentes durante siete días. En el lacónico lapso de una semana experimentan las bondades y los infortunios de la vida isleña pero también realizan notables descubrimientos, arman una rica colección faunística y entomológica y saturan las hojas de sus herbarios con la pródiga vegetación deltaica. La narración de la travesía comienza con la exposición de las razones por las cuales eligen esta región como destino de su paseo de coleccionistas: en primer lugar, el contacto con especies que, por las características de la naturaleza insular en tanto jirón de la formación mesopotámica, no se encuentran en las cercanías de la ciudad de Buenos Aires y, en segundo lugar, la posibilidad de realizar la expedición embarcados, circunstancia que simultáneamente facilita el transporte y permite el estudio *in situ*. Como augura Holmberg, desde el inicio de la excursión la canoa se transforma en un gabinete itinerante donde acumulan y trasladan los ejemplares obtenidos pero además, como lugar de estudio, constituye un espacio de lectura en el que acontecen efímeras escenas librescas centradas en la consulta de las obras de Félix de Azara y de Christian Wiedemann para identificar aquello que observan; precisamente, la barca también es el sitio privilegiado por los navegantes para la contemplación del paisaje y el avistamiento de aves. Cuando se encuentran bajo el mando de Oliveira César, a quien simbólicamente nombran capitán de la expedición, la embarcación ofrece una nueva transformación. Se convierte en una especie de bastión náutico donde se enfrentan a “una nube zumbadora, inmensa, sanguinaria” de mosquitos (1878: 144) y a un terrible diluvio que, en el anteúltimo día de la excursión, casi provoca el naufragio de los argonautas y de sus preciadas colecciones.

En contraste con esta brutal tempestad que los despierta del delta, al comenzar la expedición las aguas del Río Luján se encuentran absolutamente apacibles y son los navegantes quienes, como señala Holmberg, marcan su impronta en ellas mediante la escisión que imprime la quilla y el azote violento de los remos. En la serena superficie

fluvial, lo primero que registra el naturalista es la presencia de unas plantas acuáticas que también viajan, los camalotes: “pequeñas embarcaciones que flotan sin peligro, sostenidas por la engrosada base de los pecíolos, en cuya extremidad se desarrolla la lámina intensamente verde y lustrosa” (138). Estas extraordinarias plantas oriundas de Sudamérica suscitan una profunda e inalterable atracción en Holmberg quien, además de apreciarlas por su primordial intervención en la formación de los suelos isleños y en la distribución de las especies, anuda la observación de las mismas a sus más remotos recuerdos (1898: 468).<sup>5</sup> Los camalotes, esas entrañables reminiscencias que tienen una presencia permanente en su escritura científica, reciben su primera mención en la obra de Holmberg en este relato exploratorio. Sin embargo, no será aquí donde exponga las consecuencias que producen el tránsito y el detenimiento de estas plantas viajeras. Además del fragmento citado, en el que se condensa una descripción cíclica de estas embarcaciones naturales que se inicia con el reconocimiento de su condición flotante y continúa con la revelación de sus bases sumergidas para retornar a la brillante superficie exterior, Holmberg sucintamente menciona las flores que nacen en ellas, evoca sus dramáticos itinerarios hacia playas distantes y culmina con una expresión en la que reverbera la teoría darwinista en tanto alude a la asombrosa plasticidad con la que estas plantas se adaptan a las condiciones del ambiente: ellas, dice el viajero, “nos dejan admirando las transformaciones del ser orgánico que lucha para adaptarse al medio en que habita” (138).

Luego del elogio a los camalotes, Holmberg vislumbra las orillas llenas de juncos y, entre esa vegetación ya conocida y catalogada que no le presenta ninguna novedad, se focaliza en la “monótona majestad del saucedal” (138) por la que se siente momentáneamente atraído. Al describir el paisaje ribereño destaca que un elemento central en él es la figura constituida por el reflejo de los sauces en el río y el leve contacto de sus ramas con las aguas. Esta importancia adjudicada a la imagen especular que forman los árboles proyectados en la superficie fluvial manifiesta el encantamiento hipnótico que experimenta Holmberg por las aguas del Luján durante el comienzo del viaje. El énfasis en el reflejo de los sauces, la visión de los camalotes y el detalle de las marcas dejadas por el avance de la canoa revelan una mirada absolutamente dirigida hacia el río. Avanzada la excursión los navegantes se encuentran nuevamente ante la magnificencia del espeso sauzal, pero en este episodio la visión, liberada del encandilamiento inicial, ya no se focaliza sólo en las aguas sino que también abarca el escenario de las orillas. Las riberas ensombrecidas y silenciosas ofrecen un imponente panorama dominado por el contraste entre los inmensos sauces y las yerbas raquílicas que los rodean. La contemplación de este paisaje subyuga a los expedicionarios quienes sumidos en un intenso estado de fascinación inclinan el arma y dejan caer un libro evidenciando que verdaderamente “el encanto es irresistible” (166).

<sup>5</sup> Otros textos en los que Holmberg aborda el tema de los camalotes son “Ojeada sobre la Fauna” y “Ojeada sobre la Flora” en *Censo general de la Provincia de Buenos Aires: demográfico, agrícola, industrial y comercial*; “Camalotes”, conferencia pronunciada en la Sociedad Científica Argentina, 1887; *Viaje a Misiones* y “Formación del Paraná y sus islas”. Respecto a estos dos últimos textos, en 2012 EDUNER publicó una excelente edición crítica del *Viaje a Misiones*, con introducción y notas de Sandra Gasparini, que incluye como anexo “Formación del Paraná y sus islas”.

La mirada del naturalista además de deleitarse con el encantamiento del río y el sauzal también experimenta un vertiginoso escrutinio de otros componentes naturales. La visión de Holmberg efectúa un amplio examen de la región y sus especies desplegándose en diferentes direcciones: surca los cielos admirando el vuelo de aves solitarias o en bandada, persigue infructuosamente el itinerario acuático de un coipo, identifica los perfiles de los pájaros en la cima de los árboles y los reconoce balanceándose en frágiles varillas como también cuando se ocultan en las cuevas de las barrancas y en la espesura del juncal. Esta mirada, que encuentra lo que ostensiblemente se revela y descubre lo que se esconde, en algunas ocasiones es orientada e instruida por la lectura de los libros que los viajeros llevan consigo. Sin especificar su título, Holmberg declara consultar “la incomparable obra de Azara” durante la identificación de algunos pájaros y en la catalogación de un roedor que rescata de las garras de un chimango.<sup>6</sup> Otra obra a la que alude es la de Christian Weidemann, aunque el ejemplar llevado a la excursión parece ser propiedad exclusiva de Lynch en tanto siempre figura en sus manos o bien cayéndose de ellas, como sucede ante la contemplación del sauzal. La primera mención del naturalista alemán es elocuente y pertinente ya que inmediatamente luego de que Holmberg lo nombre, señalando la ansiedad de Lynch por usar “su Weidemann”, dos mariposas se presentan ante ellos satisfaciendo el deseo de su compañero quien finalmente puede utilizar la obra del célebre entomólogo. De la misma manera en que la consulta de las obras naturalistas contribuye al reconocimiento de las especies observadas y capturadas, la ausencia de esas lecturas durante el viaje a veces imposibilita tal operación de identificación. Así sucede cuando al examinar una laucha hembra Holmberg y Lynch rememoran las clasificaciones efectuadas por Waterhouse y ante sus inquietudes deciden aplazar la determinación específica de la especie hasta que puedan revisar la obra del mastozoólogo inglés.

Así como la mirada del naturalista es dirigida y enriquecida por la lectura de los textos especializados que lo acompañan en su periplo, la visión de la vida silvestre que lo rodea también es orientada por su propia memoria de viajero suscitando la remembranza de especies y paisajes vistos en el pasado. Ante el encuentro de ciertos pájaros y roedores, Holmberg recuerda haberlos capturado en excursiones previas realizadas por Baradero y Zárate. Dada la cercanía entre estas localidades bonaerenses con las islas del delta, la presencia de los mismos animales en ambas regiones no causa ninguna sorpresa en él. En cambio, su asombro es provocado cuando al contemplar algunas plantas isleñas reconoce en ellas las mismas especies que había identificado un año antes durante su viaje por los bosques del norte de Tucumán. Maravillado por el descubrimiento que sus recuerdos dinamizaron, se pregunta: “¿Qué mundo es aquel en que parece se hubiera derramado un girón de los trópicos?” (162). La respuesta entraña los derroteros de los ríos nacidos en las nieves eternas de la Cordillera. En esas corrientes de agua que se originan en las laderas andinas para unirse a los grandes ríos del Chaco y

<sup>6</sup> Cuando Holmberg, para el Censo bonaerense de 1881, confecciona una bibliografía zoológica de la fauna argentina declara que los textos fundamentales para el estudio de aves y mamíferos autóctonos son dos obras de Azara: *Cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata* y *Pájaros del Paraguay y del Río de la Plata*. Es muy probable que el libro de Azara que utiliza durante la excursión lleve alguno de estos títulos.

desembocar en el litoral argentino, “hay una palpitación gigantesca que difunde por todas partes una misma vida sobre una ola inerte” (162). La presencia de plantas subtropicales en las islas del delta es una manifestación de esa misma vida que las aguas propagan por las diferentes tierras que atraviesan. Al constatar que en las orillas del Río Acequiones tucumano y en las riberas del delta paranaense crecen los mismos organismos botánicos, Holmberg no sólo reactualiza la información obtenida en su viaje por las provincias del norte y enriquece la experiencia de la excursión en curso sino que también contribuye a aumentar el conocimiento sobre la prácticamente desconocida flora porteña: “Repetición en el herbario, es verdad, pero aumento en la flora bonaerense” (139).

Las aguas del delta presentan un misceláneo espectáculo visual: son los dominios de una animada vida silvestre, el soporte de imágenes que reproducen el escenario de las orillas y, también, los caminos por los que transitan los camalotes, embarcaciones naturales que como las aguas que surcan van cargadas de vida. Pero cuando estas aguas disminuyen su caudal ofrecen en su húmedo lecho nuevos fenómenos que captan la mirada y despiertan el interés de los viajeros. Así sucede cuando Holmberg y sus compañeros divisan unas huellas frescas en el limo fluvial. El hallazgo provoca el despliegue de un accionar en el que se fusionan el análisis científico con la investigación detectivesca. Los naturalistas, mediante sus miradas perspicaces, emprenden la decodificación de esos signos marcados en la tierra; los evalúan, realizan deducciones y finalmente emiten sus conclusiones sobre lo que ellos revelan. Luego de calcular el tiempo que las pisadas llevan impresas y de examinarlas detenidamente considerando su proporción y distancia, concluyen que ellas son las señales dejadas por la persecución de un yaguararé a un carpincho. Junto con el análisis de las pistas, los expedicionarios sustentan su teoría en la predilección del felino por la carne del roedor más grande del mundo. En el seguimiento del rastro dejado por los dos animales se encuentran con otras huellas que esta vez constituyen los indicios de una cacería. Los nuevos signos estampados en el lecho son las marcas de una cigüeña, una porción de barro alisado y una cueva vacía de anguila. Ante las explícitas evidencias de lo sucedido, Holmberg proyecta la escena del acecho y captura de la anguila por parte de la cigüeña, intercalando una explicación sobre los hábitos respiratorios de estos peces y los procedimientos más idóneos para su pesca.

Anteriormente señalamos que en este relato exploratorio son escasas las referencias a la población que habita en las islas. Entre esas pocas alusiones se encuentra la mención de Juan Francisco Rojas, uno de los vecinos que brindan sus viviendas para que los expedicionarios se alojen y pasen la noche. En las inmediaciones de la casa de Rojas, Holmberg protagoniza con el hijo del isleño un episodio breve pero significativo. Al advertir que el niño lo observa absolutamente extrañado mientras él inspecciona las plantas, el naturalista procede a explicarle sencillamente, “en lenguaje de niño”, las razones de su accionar. La exposición didáctica tiene un efecto inmediato sobre el aprendiz quien, después de ella, “todo lo que antes miraba con indiferencia, despierta en él, extraña curiosidad” (163). Esta modificación de la mirada del niño hacia la naturaleza conlleva también una gratificación especial para el maestro. Holmberg se favorece con la colaboración del novel ayudante en tanto es su propia mirada la que también se transforma: “mi vista se duplica con la suya, que descubre elementos ignorados en aquel

montón informe de malezas” (163).

## Conclusión

¡Leer la vida! No existe en la tierra y en los cielos  
goce más digno de un dios. Feliz llamó el antiguo al que  
puede conocer la causa de las cosas. Y eso no es solamente  
ciencia: es también arte.

Lugones, “Prólogo” a *Holmberg. El último  
enciclopedista*.

En septiembre de 1915, Leopoldo Lugones pronunció un discurso de elogio a Holmberg durante la ceremonia con la que las sociedades científicas argentinas celebraron la extensa trayectoria docente del naturalista. En sus palabras, caracterizó la figura de Holmberg como un lector de la naturaleza dando una enumeración poética de los signos que el homenajeadado había leído en ese libro grandioso. Según el orador, Holmberg lo leyó todo, desde los astros hasta las hormigas, incluyendo árboles, piedras, aves, aguas, caracoles y arañas. La síntesis realizada por Lugones intenta condensar lo que alguna vez Holmberg definió magistralmente como el “teatro de la ciencia” en alusión a aquello que constituye el objeto del estudio científico: “El universo entero, es decir, desde el infinitamente grande hasta el infinitamente pequeño” (1903: 106). En el inicio de nuestro trabajo evocamos las palabras con las que el viajero confesó su frustrada percepción de la Patagonia: “No podía leer en ese libro”. Algo similar dirá con respecto a la región de la Puna: “No la veo, no la siento y solo puedo decir: *Perobscura mihi Puna videtur*” (1898: 440). Por el contrario, el delta paranaense desplegó ante él un inmenso libro silvestre sobre el que sí pudo leer ejerciendo su caleidoscópica mirada de naturalista. “Una excursión por el Río Luján” es producto de esa visión embelesada, examinadora, enriquecida por la memoria, orientada por otras lecturas y duplicada en los ojos de un niño con la que exploró el universo formado por las islas del delta.

## Bibliografía

- BABINI, José. 1986. *Historia de la ciencia en la Argentina*. Buenos Aires: Solar.
- BUSANICHE, José Luis. 1959. *Estampas del pasado: lecturas de historia argentina*. Buenos Aires: Hachette.
- DE ASÚA, Miguel. 2011. *Ciencia y literatura. Un relato histórico*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- GASPARINI, Sandra. 2012. *Espectros de la ciencia. Fantasías científicas de la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- HOLMBERG, Eduardo Ladislao; Lynch Arribálzaga. 1878. *El Naturalista Argentino*, Buenos Aires.
- HOLMBERG, Eduardo Ladislao. 1883. “Ojeada sobre la Fauna” y “Ojeada sobre la Flora”. En *Censo general de la Provincia de Buenos Aires: demográfico, agrícola, industrial y comercial*. Buenos Aires: Imprenta de El Diario.
- . 1884. “Viajes a las Sierras del Tandil y de la Tinta”. En *Actas de la Academia Nacional de Ciencias*. Tomo V. Buenos Aires: Imprenta Pablo Coni.
- . 1898. “La Flora de la República Argentina”. En *Segundo Censo de la República Argentina*. Buenos Aires: Taller tipográfico de la penitenciaría nacional.
- . 1901. “De siglo a siglo”. En *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, vol. LII. Buenos Aires: Imprenta Coni hermanos.
- . 1903. “La imitación de la naturaleza”. En *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo LVI. Buenos Aires: Imprenta Coni hermanos.
- . 2008. *Excursiones bonaerenses*, comentado por Juan Carlos Chébez y Bárbara Gasparri. Buenos Aires: Editorial Albatros.
- . 2012 [1889]. *Viaje a Misiones*. Prologado y comentado por Sandra Gasparini. Paraná: EDUNER.
- HOLMBERG, Luis. 1952. *Holmberg. El último enciclopedista*. Buenos Aires: Edición del autor.
- MANTEGARI, Cristina. 2003. *Germán Burmeister: la institucionalización científica en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Jorge Baudino.
- MONTSERRAT, Marcelo. 2000. *La ciencia en la Argentina de entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial.
- PAGÉS LARRAYA, Antonio. 1959. “Estudio preliminar”. En *Cuentos fantásticos de E. L. Holmberg*. Buenos Aires: Hachette.
- SASTRE, Marcos. 2005. *El tempe argentino*, Buenos Aires: Colihue, Biblioteca Nacional.
- SARMIENTO, Domingo Faustino. 2011. *El Carapachay: imágenes de las islas del Delta del Paraná*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Fecha de recepción: 14/11/2017 – Fecha de aceptación: 10/12/2017

Silveria Sassaroli es Profesora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeñó como adscripta de la cátedra de Literatura Argentina I de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires durante el período 2015-2017 bajo la dirección de la Dra. Sandra Gasparini.

---